

CUENTOS CORTOS

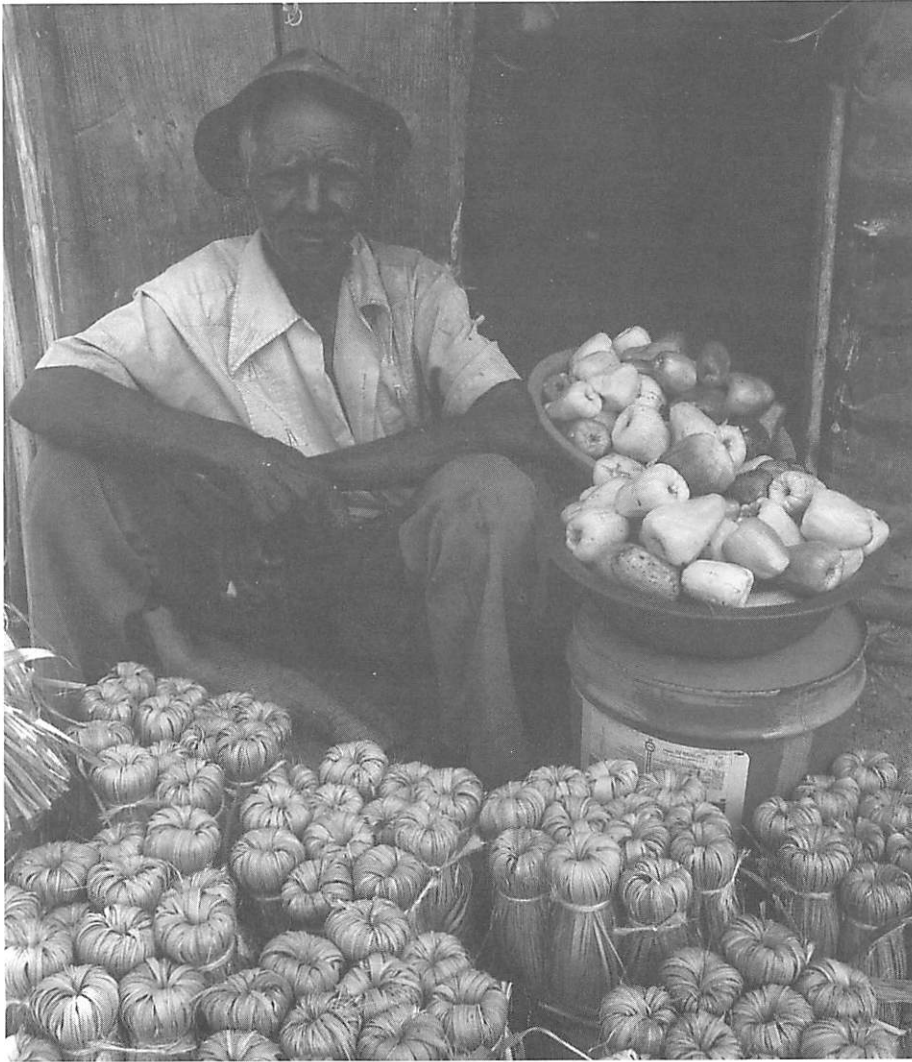
Por Reynaldo Disla

ANGUSTIA POR LO NUEVO

¿Es una estupidez del artista Pi2? Crea una exposición interactiva: un cuadro gigantesco que luego es una miniatura; instala un paisaje con motivos clásicos parodiados que son una "Naturaleza para ser mirada por un telescopio colocado en un balcón donde también puede contemplarse el paisaje desde adentro." Ha pintado un cuadro para ser golpeado, el cuadro para ser completado por los visitantes y el cuadro para bailar; el cuadro para ser ordeñado (con leche de burra). El cuadro para ser masturbado, el cuadro para cabalgar. Como teme que haya antecedentes decide realizar el del telescopio y redactar las ideas de los demás cuadros (que es este escrito: una manera de yo, Pi2, calmar la angustia de que se me adelanten); por eso debo dejar constancia del cuadro para ser llenado: que está en blanco durante la exposición; el cuadro para ser cambiados sus elementos (agarrados a la superficie por medio de imanes); el cuadro piscina para literalmente zambullirse en la exposición, o sea, mojarse de verdad; el cuadro para comerse, digerirse y reciclarse; el cuadro para coronarse y crucificarse; el cuadro con mi ataúd para ser velado; el cuadro para besarse...; y otros cientos encerrados en mi mente y que no sé si podré exponerlos antes de que un pintor europeo se me adelante: como el cuadro para ser olvidado y el cuadro cónyuge.

CERVESEXUAL

EL TUERTO FLACO: Antes, mi galillo (*señala el cuello*) no pasaba ninguna cerveza de los países, me gustaban nada más para decorar la nevera; pero tantos años mirándolas por donde quiera en Nueva York, me dije: bueno, ya están bien cenizas, ¿no?, y desde entonces llevo quince años sacándolas del freezer... (*Confidencial*.) Yo echaba cerveza en el ombligo de mi novia y ahí bebía mis tragos,



Fotografía de Domingo Batista.

¡qué jarro!; por esa manía soy tuerto: cuando ella supo que era casado, partió una pequeña y me reventó a Iris, Niña y Pupila. (Ríe.) ¡Aah! Las cervezas son como las mujeres: mientras más las tomas, más las necesitas y por frías que estén te calientan el ánimo; cuando abusas de ellas te dejan tonto, y si las agitas mucho echan espuma y hasta humo por la boca; no cuquees a una mujer, ni agites la cerveza; eso es meter la mano en un panal de avispas. Pero, aunque dejan su sabor amargo, siempre anda uno detrás de sus burbujitas. Pana, no se puede vivir sin ellas, las cervezuanas...

NÁUFRAGO

Todo náufrago que se respete, antes de hundirse en el mar, deberá levantar los brazos a la superficie y abrir la boca, aunque sean gestos inútiles, se ahogará con la satisfacción de haber representado dignamente a un náufrago...

TAN PLAGIARIO COMO NINGUNA

Era yo un jovencito todavía cuando en un lugar de Comala, de

cuyo nombre desearía no acordarme, frente al pelotón de fusilamiento hubiese de recordar aquella tarde remota en la que el juez me condenó a muerte. Como saben, soy el escritor que mató a Margarita Ignacia del Pilar a la que atrapé *in fraganti* en el bosque, traicionándome con Erick, el marino noruego que huyó; a ella, con un cuchillo, le penetré setenta y tres veces sus carnes asombradas. La idea de la muerte no acababa de hacérseme lúgubre cuando la espada del Capitán, con vivo reflejo, ordenó al pelotón que me apuntaran los fusiles. La vida no tiene nombre en ese breve espacio en que presurosas evocaciones cruzaron por mi memoria (como borrachos en una novela de Dickens). Recordé nada más a Margarita tan bonita, tan bonita: nuestros paseos por la carretera gris bajo el sol de acero, los infinitos mundos del aleph que compartimos en la escalera y ¡sus pechos!: colinas de un rosal, iglesias donde oficiaba la sangre sus misterios paralelos; me acordé de aquella vieja calesita donde la besé tantas veces bajo el cielo infinito, clavada en mi pupila su pupila azul; recordar, ¡Dios mío!, su plumón de nido, su nivel de luna, su salud del oro y su guitarra abierta; acordarme también de su sombra, fina y lánguida, al lado de mi sombra proyectada, por los rayos de la luna, sobre las arenas tristes donde se juntaban, y eran una, y ¡eran una! ¡Y eran una sombra larga...!

—Aureliano Argentino! —me voceó el Capitán, un tipo alto y tan flaco que parecía siempre de perfil—. Por enésima vez, te repito: tienes derecho a un último deseo. ¿Quieres algo de comer? —me espectraló, como si me sacudiera por el cuello.

—¡Dime, ¿qué vas a comer?! —insistió con energía.

Necesité todos los años de mi vida, minuto a minuto, para llegar a ese instante. Me sentí invencible, al momento de responder:

—¡Merde, Ubú, las tetas de Teresa, tu maldita madre!

Entonces, al grito de ¡fuego!, los soldados me dispararon sus plomos de muerte. Desde entonces soy un ánima del purgatorio (de las que hacen llover si nos prenden velas), condenada a ser y no ser, ¡oh mísera de mí, oh, infelice! A leer "Guerra y paz", a narrar mi historia con frases calcadas, redactar la correspondencia comercial del purgatorio, y, entre todos, el más terrible castigo: ver la sangre de Margarita Ignacia sobre la arena per sécula seculórum. ¡Que no quiero verla! ¡No me digan que la vea! ¡Yo no quiero verla!!

MONTERROSO

Cuando el dinosaurio despertó, supo que Monterroso todavía lo soñaba.

Reynaldo Disla (1956)

Narrador y hombre de teatro. Realiza estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Santo Domingo y cuenta con dos premios nacionales de Literatura joven (Royal Bank (1976-1979). Premio Internacional Casa de las Américas de Teatro en 1985 por Bolo Francisco. Es uno de los pioneros del teatro de calle y del teatro de títeres del país. Su libro Función del hastío es seleccionado por la Casa del Escritor Dominicano como el mejor libro de teatro publicado en 1993. Su texto Historietas, narraciones, gana el Premio nacional de Literatura UCE en 2001. Ha laborado como guionista de cine, radio y televisión. Actualmente es profesor de Dramaturgia en la Escuela de Arte Dramático.